

EN CONTRA DE LA CIUDAD: LA LEGITIMACIÓN DE LOS COUNTRIES EN ARGENTINA

AGAINST THE CITY: GATED COMMUNITIES LEGITIMATION IN ARGENTINA

Andrés Daín

Universidad Nacional de Villa María

andresdain@gmail.com

Resumen

El presente artículo forma parte de una investigación más extensa cuyo objetivo principal es determinar cómo las urbanizaciones cerradas se legitimaron en Argentina. A tal fin, se emprende un análisis ideológico de los countries con el fin de comprender el proceso de significación que les da sentido en tanto práctica social. Particularmente, el análisis propuesto se orienta a poner en evidencia la instauración hegemónica del discurso neoliberal analizando los countries como práctica sobredeterminada.

En esta dirección, se indagará acerca del modo en que se significa la vida urbana. La ciudad abierta y el barrio tradicional son significados, primordialmente, en términos de inseguridad y de desorden, y por tanto son representados como espacios poco propicios para la vida buena. Frente a esta representación de la vida urbana, los countries se erigen como un espacio seguro y, por tanto, propicio para una mayor calidad de vida, toda vez que garantizan el resguardo respecto que quienes son percibidos como una constante amenaza. En definitiva, lo que se procurará mostrar es que semejantes fijaciones de sentido se sustentan en una serie de operaciones de sentido a través de las cuales se hace presente la hegemonía del discurso neoliberal.

Abstract

This article is part of a larger research whose main goal is to determine how gated communities are legitimized in Argentina. To this end, we will try to take on an ideological analysis of country clubs in order to understand the process of meaning configuration as a social practice. Particularly, the proposed analysis aims to highlight the introduction of neoliberal hegemonic discourse when analyzing country clubs as an overdetermined practice. With this purpose, we will inquire about the meanings of urban life.

The open city and the traditional neighborhood meanings are primarily in terms of insecurity and disorder, and therefore are represented as little spaces for the good life. Given this representation of urban life, country clubs stand as a safe space and therefore conducive to a higher quality of life, all while ensuring the safeguarding respect to those who are perceived as a constant threat. In short, what we seek in this paper is to show that such fixations of meaning are based on a series of operations direction through which the hegemony of neoliberal discourse is present.

Palabras clave: countries, neoliberalismo, hegemonía, sobredeterminación, ideología

Keywords: gated communities, neoliberalism, hegemony, overdetermination, ideology

“[...] tengo una herida en la pierna; hay dos maneras de librarme del dolor: una es curar la herida, pero si la cura es demasiado difícil o incierta, hay también otra manera: puedo librarme de la herida cortándome la pierna; si me acostumbro a no querer nada para lo que indispensable tener la pierna, no sentiré su falta” (Berlin, 1988: 11).

Countries en Argentina: un análisis ideológico

El presente artículo forma parte de una investigación más extensa cuyo objetivo principal es determinar cómo las urbanizaciones cerradas se

legitimaron como una nueva forma de ocupar el espacio urbano en las principales ciudades argentinas. A tal efecto, se emprende un análisis ideológico de los *countries* con el fin de comprender el proceso de significación que les da sentido en tanto práctica social. Como ha sido señalado en otro lugar (Daín, 2011), el carácter *multiaspectival* de todo significado exige centrarse en algunas aspectos y descartar otros, pero reconociendo a la vez que no se trata de poner la mirada sobre algo preexistente, sino que al enfocar el objeto desde un lugar determinado se está haciendo *fulgurar* dicho aspecto (Wittgenstein, 1988). Particularmente, el análisis ideológico propuesto se orienta a poner en evidencia la instauración hegemónica del discurso neoliberal. No al modo en que gran parte de las ciencias sociales vienen pensado esta cuestión; esto es, el neoliberalismo no es simplemente un programa económico que trae *consecuencias* en el campo social y político. No se trata únicamente de una serie de medidas macroeconómicas que, por ejemplo, trajeron aparejadas implicancias en la estructura social argentina en términos de exclusión y polarización. Tampoco se trata sólo de un cambio cultural, de la emergencia de nuevos valores frente a los cuales las urbanizaciones privadas devinieron en un producto acorde al nuevo *ethos* emergente. La hegemonía no se produce en un campo y desde ahí se propaga hacia el conjunto del orden social.

Por el contrario, la operación hegemónica (Laclau, 1990) consiste principalmente en fijar los sentidos que estructuran lo social en su diversidad de esferas o campos. Una hegemonía define el modo en que se representa la vida comunitaria. Por tanto, la hegemonía se encuentra en cada una de las prácticas y los objetos sociales. O a la inversa, la instauración de un discurso como hegemónico sólo es aprehensible a través de sus efectos sobre los procesos de significación particulares. Efectos que obviamente no proyectan literalmente un contenido a priori, al modo de una relación causalística; presuponiendo, por un lado, una *temporalidad* donde la causa precede lógicamente al efecto y, por el otro, una *exterioridad* en el sentido de que la causa es algo diferente y diferenciable respecto del efecto. La lógica que orienta el modo en el cual la operación hegemónica se hace presente en los

procesos sociales de creación/fijación de sentido es la lógica de la sobredeterminación (Daín, 2010). Lógica que rompe con la temporalidad y la *exterioridad* de la causalidad cartesiana en la medida en que sólo a través de sus efectos es que podemos determinar la causa, por lo tanto, desde este punto de vista, se produce una suerte de inversión de la lógica causal ya que el efecto precede a la causa. Asimismo, la lógica de la sobredeterminación también pone en tensión todo límite en la significación porque el discurso hegemónico se presenta a través de los mecanismos de condensación y desplazamiento en las propias identidades particulares; lo que se ha denominado como “causalidad metonímica” (Althusser, 1969: 204). Por lo tanto, la causa no es anterior ni exterior respecto al efecto.

Específicamente, no se puede pretender comprender la emergencia y proliferación de las urbanizaciones privadas en Argentina sin tener en cuenta las operaciones ideológicas que la legitiman como práctica social. No se trata de una consecuencia *necesaria* de la polarización social sino que, en todo caso, se trata de entender cómo se significa dicho modo de ocupar el espacio urbano que lo presenta como una alternativa válida ya sea tanto frente a la creciente inseguridad urbana, como frente a nuevas estrategias de distinción social o de cara a nuevas representaciones sobre la “buena vida”.

Ninguna práctica social emergente es completamente nueva. Los *countries* no surgieron a partir de lo que la Ciencia Política ha bautizado como gobiernos neoliberales. No surgieron ni con la dictadura militar ni con el gobierno menemista, sino que datan de varias décadas atrás (Ballent, 1998). Eran un recurso disponible que, resignificados en el contexto de una nueva configuración hegemónica, devinieron en opción legítima. Pero no se está planteando un problema en torno al *origen*; si fueron o no una “creación” neoliberal. Los *countries* no son un modo completamente novedoso de habitar el espacio urbano por una cuestión estrictamente temporal o cronológica. Al contrario, no son algo del todo original ya que para significarlos, los sujetos hacen uso de sentidos ya disponibles. Esto se relaciona directamente con una concepción antiesencialista de la significación. Como toda identidad se configura relacional y diferencialmente y no a partir de un vínculo esencial entre

significante y significado, toda referencia a la cosa misma nunca podrá ser estrictamente literal sino que siempre será metafórica y metonímica. Por tanto, el sentido de una práctica emergente como las urbanizaciones privadas no puede buscarse en sus características morfológicas o espaciales, ni en los servicios que brinda así como tampoco en las necesidades de sus residentes. Por el contrario, se debe procurar desentrañar aquellas interpelaciones a las que los sujetos son sometidos y los recursos a los que éstos apelan para darle sentido a un nuevo modo de vida. Desde este punto de vista, todo sentido social nuevo nunca lo es del todo, ya que siempre para ser significado se debe recurrir a sentidos disponibles.¹

En esta dirección, pueden reconocerse diversas figuras metafóricas a través de las cuales se *condensa* el significado que adoptan las urbanizaciones privadas en Argentina: por ejemplo, “el country es un barrio” o “el country es como vivir en el campo”. A través de estas metáforas, residentes, publicistas, periodistas especializados, desarrollistas y arquitectos hacen uso de sentidos disponibles para representar a las nuevas urbanizaciones. Pero dichos sentidos disponibles, como la noción de barrio o la de campo, no son objetivos ni transparentes consigo mismos. En la medida en que las figuras retóricas no son unívocas, en su uso se manifiestan elecciones y exclusiones como consecuencia de ciertas operaciones ideológicas que ponen en evidencia una determinada configuración hegemónica. En términos más concretos, cuando un residente apela al significativo “barrio” para poder explicar qué significa vivir en un country, rescata algunas características del barrio tradicional y excluye otras; así por ejemplo, definir al country como un barrio le permite al sujeto mostrar cómo las nuevas urbanizaciones posibilitan rescatar la proximidad con los vecinos, algo que otrora era factible en el viejo barrio de la infancia. Pero en esa descripción, el sujeto excluye otras características del barrio tradicional, como por ejemplo la heterogeneidad socioeconómica de sus habitantes.

En definitiva, lo que se procura demostrar es que el sentido que adquieren las urbanizaciones privadas en Argentina está sobredeterminado por el neoliberalismo en tanto discurso hegemónico en la formación política argentina. Dicha relación de sobredeterminación se puede poner en evidencia

especialmente a través del uso de una de las metáforas más invocadas para caracterizar a dichas urbanizaciones: el country es una burbuja. Qué seleccionan y qué excluyen los sujetos en esta figura metafórica pone de manifiesto la instauración de una hegemonía. Desde este punto de vista, el discurso neoliberal no es simplemente un programa económico que generó las condiciones sociales para la proliferación de barrios cerrados sino que el neoliberalismo como particularidad que encarna una universalidad inconmensurable, contamina los sentidos que estructuran a lo social haciéndose presente a través de las operaciones de *condensación* –la cual se expresa a través de la metáfora, figura retórica que implica la sustitución de un término por otro– y de *desplazamiento* –en retórica, la metonimia, que supone designar algo con otro nombre a partir de alguna relación semántica.²

En otras palabras, se podría sostener que la lectura sobredeterminada de los cambios socioeconómicos producidos en Argentina durante los últimos años es la que habilita la proliferación de las urbanizaciones privadas. Esto supone dos cuestiones clave. En primer término, dicha lectura sobredetermina la configuración significativa de los countries, y retroactivamente los countries se legitiman como nuevo modo de ocupar el espacio urbano en la medida en que “expresan” aquella configuración ideológica (la hegemonía, por tanto la sobredeterminación, neoliberal). En este sentido, los countries encarnan y a su vez dan forma a la nueva configuración ideológica. No son meras expresiones ni consecuencias exteriores de un cúmulo de premisas neoliberales, sino que por el contrario, son los mismos countries la manifestación de los nuevos modos de concebir el orden comunitario. Y, en segundo lugar, no se cuela por la ventana un nuevo determinismo sociologicista y/o economicista ya que no se trata de que, en definitiva, siguen siendo los cambios sociales y/o económicos los que determinan las configuraciones ideológicas, sino que por el contrario, las políticas económicas que “produjeron” dichos cambios socioeconómicos, fueron posibles gracias a la previa instauración hegemónica de un determinado discurso (el neoliberal).

En todas las investigaciones sostenidas en entrevistas a residentes de este tipo de urbanizaciones, surge una y otra vez la afirmación de que “el

country es una burbuja”. De entre todas las figuras retóricas empleadas (campo, barrio, etc.) para significar con recursos disponibles la emergencia de lo novedoso, y tal como sostienen las diferentes investigaciones a las que se ha accedido, la de la burbuja emerge transversalmente atravesando a residentes de urbanizaciones cerradas independientemente del tipo (countries, barrios cerrados, etc.), de la cuestión etaria o del nivel socioeconómico (e. g. Svampa, 2008: 112). Hay una serie de características de la burbuja a las cuales los sujetos parecen apelar para, metonímicamente, definir al country. Así, la imagen de la burbuja deviene *punto de condensación* de una serie de características y cuestiones en torno al country y la vida en él mediante la cual se sustituye la cosa significada (countries) por otra (burbuja).

En su uso literario, generalmente, a la figura retórica de la burbuja se la emplea para graficar la función de aislar algo que de alguna forma debe ser protegido de aquello que queda fuera. “Vivir en una burbuja” es una expresión que tiene una connotación ambigua ya que, por un lado, puede ser usada con algún sentido negativo y peyorativo otorgándole cierta irrealidad al interior que impide la comprensión de la realidad exterior. Desde este lugar, “vivir en una burbuja” expresa una incapacidad de entender el mundo circundante y de desenvolverse en él. Pero, por el otro, puede pensarse esta metáfora en términos ciertamente positivos. Desde este otro punto de vista, “vivir en una burbuja” es un privilegio, representa la posibilidad de acceder a un espacio protegido de los males y las miserias exteriores. La burbuja es una suerte de mundo idílico y armonioso dónde sólo existe lo bello y lo bondadoso.

Es precisamente en esta ambigüedad de la figura retórica donde se desarrolla el proceso de significación de las urbanizaciones privadas en Argentina. La metáfora de la burbuja es un modo de pensar el límite que separa a los countries del resto de la ciudad abierta. Un modo de pensarlo escapando a cualquier literalidad ya que desde una mirada esencialista no habría mucho margen para definir a los rígidos y duros muros que rodean a los barrios cerrados. Precisamente, que los sujetos apelen a la burbuja para delimitar las fronteras del country es una prueba de las limitaciones de las perspectivas esencialistas que no podrían dejar de ubicar el uso de esa

metáfora en el lugar del “error”, del “engaño” o de la “autocondescendencia”. Por el contrario, a través de su uso se significa de forma particular las fronteras del barrio cerrado y a partir de allí se definen las relaciones entre el afuera y el adentro. Pensar el límite de una identidad es precisamente un modo de fijarla a través de una lógica relacional y diferencial con la alteridad. Así, el sentido de los countries configurado en y a través de un lenguaje disponible como la noción de burbuja se va fijando en relación a una determinada lectura del mundo exterior. De este modo, es en contraposición a cómo se piensa el exterior que la práctica emergente va adquiriendo su propio sentido. Desde este punto de vista, el afuera de algún modo siempre está dentro ya que éste depende de cómo se significa a aquel, por lo que es imposible, como las miradas sociologicistas tienden a pensar, que “[la] alteridad [...] logre anularse al menos mientras se está dentro” (Arizaga, 2005: 114). Particularmente, la metáfora de la burbuja es una manera particular de pensar el límite de las urbanizaciones privadas. Las fronteras del country no son caracterizadas como fronteras impenetrables, rígidas e impuestas sino, como las burbujas, los límites de estas urbanizaciones son permeables, frágiles y transparentes.

Ahora bien, al mismo tiempo se procurará poner en evidencia que en el uso mismo de la metáfora de la burbuja para significar al country también se está fijando un determinado sentido del significante “burbuja”. Por ejemplo, podrían emplearse otras características de las burbujas, tales como su morfología o su flexibilidad. Por lo tanto, qué se toma de la figura de la burbuja y qué se descarta es producto de operaciones ideológicas. Pero además, la imagen de la burbuja es ideológica porque habilita una determinada configuración significativa de las urbanizaciones cerradas y, por tanto, descarta otras posibilidades. Es decir, el mecanismo ideológico precisamente consiste en suturar el significado de la práctica, otorgándole un entendimiento particular que obstruye otros, y consecuentemente el análisis ideológico debe procurar atravesar ese mecanismo de sutura y forclusión. Qué describe y cómo lo hace el significante burbuja para significar al significante country es lo que se busca poner en evidencia. En este sentido, el presente artículo se inserta en una investigación más amplia cuya hipótesis general es que la imagen de la burbuja

es un recurso disponible que les posibilita a los sujetos significar a las urbanizaciones cerradas caracterizando sus límites y definiendo quienes están dentro y quienes afuera, cómo es la relación con el afuera y entre quienes están dentro y, finalmente, cómo es la relación de los de adentro con la comunidad que conforman.

En esta ocasión, este texto buscará evidenciar cómo el country se sostiene en una singular caracterización de la ciudad abierta. Específicamente, se intentará mostrar cómo la metáfora de la burbuja es una forma de significar un aspecto fundamental de las urbanizaciones privadas: el límite. Más particularmente, es un modo de destacar una de sus funciones centrales: el aislamiento. La burbuja contiene en su interior aquello que de algún modo debe ser protegido de un afuera. Frente a un entorno tan hostil y peligroso, el aislamiento es presentado como una alternativa legítima. Como muestra la voz de un residente: “vivir en una burbuja es algo positivo” (testimonio citado por Kessler, 2009: 241). Es positivo en la medida en que el mundo circundante es temible. La tajante alternativa representada por la burbuja se presenta como proporcionada frente a esta acuciante realidad. Pero no se trata de cualquier aislamiento, sino de uno orientado a preservarse del exterior. Aunque tampoco se trata de una reclusión total y absoluta; por el contrario, la metáfora de la burbuja habilita un sentido particular de dicha secesión ya que, como ya se ha afirmado, implica un modo singular de pensar el límite de las urbanizaciones privadas, más allá de cuestiones físicas o morfológicas. Ya puede observarse, entonces, un uso específico –y por tanto, ideológico- de esta figura retórica, ya que metonímicamente se significa dicho límite en términos de fragilidad, permeabilidad y transparencia, adoptándose algunas características de las burbujas y descartando otras (como, por ejemplo, su forma o su maleabilidad). En definitiva, se procurará poner en evidencia la condición de posibilidad del country, la radical exclusión que lo habilita, pero que al mismo tiempo representa su propia condición de imposibilidad ya que muestra su radical contingencia: la sobredeterminada fijación de sentido del afuera.

A tal fin, en el presente artículo se indagará acerca del modo en que se significa el mundo exterior a la burbuja. La ciudad abierta y el barrio tradicional

son significados, primordialmente, en términos de inseguridad y de desorden, y por tanto son representados como espacios poco propicios para la vida buena. Lo que se procurará mostrar son los procesos de sobredeterminación que habilitan y permean dicha lectura. En esta dirección, se intentará poner en evidencia las operaciones ideológicas que hacen posible una mirada de la ciudad abierta en términos de inseguridad; y se mostrará cómo la idea de inseguridad lejos de ser universal y unívoca es encarnada por un particular, operación que valida la sinonimia entre inseguridad y atentado contra la propiedad privada. Además, se pretenderá arrojar luz sobre la manera singular de significar el delito, que tiende a reducirlo a la acción del delincuente, a quien a su vez se lo vincula con una determinada condición socioeconómica.

Frente a esta representación de la vida urbana, los *countries* se erigen como un espacio seguro y, por tanto, propicio para gozar de una “auténtica” calidad de vida, toda vez que garantizan el resguardo respecto que quienes son percibidos como una constante amenaza. Así, esta lectura ideológica de la ciudad abierta y del barrio tradicional opera como condición de posibilidad de la opción por el aislamiento en la burbuja.

En definitiva, lo que se procura mostrar es que semejantes fijaciones de sentido se sustentan en una serie de operaciones de sentido a través de las cuales se hace presente la hegemonía del discurso neoliberal. Por lo tanto, se trata de evidenciar el carácter sobredeterminado de las distintas fijaciones significativas que le dan sentido y que legitiman a los *countries* en Argentina presentándolos como “la” alternativa válida frente a dicha caracterización de la ciudad abierta y del barrio tradicional.

El afuera como un lugar inseguro y amenazante

La burbuja se legitima, en primer término, a partir de una determinada lectura sobre la ciudad y el mundo exterior en general. La ciudad abierta es caótica, desordenada y gris. Como describe una joven residente de un *country*:

“– ¿Vas a la ciudad?

– Cada tanto. Tampoco me encanta. Por la piel. Cuando vuelvo me doy cuenta que tengo la piel más sucia. Me quedo a dormir en la casa de una amiga [...] Pero a veces no puedo dormir por los ruidos [...]” (testimonio citado por Rojas, 2007: 44).

Es un ámbito donde impera la anarquía puesto que la institución reguladora por excelencia ha sido y sigue siendo incapaz de imponer algún orden. El Estado (en cualquiera de sus niveles) no puede siquiera regular el tránsito ni definir una planificación urbana, ni mucho menos controlar la contaminación ambiental. Preso de la corrupción y la ineficiencia, desde esta lectura el Estado ha devenido en un pesado aparato burocrático incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos. Pero sobre todo, la ciudad es vista como un lugar peligroso y hostil. En el marco de una sociedad crecientemente fragmentada y socioeconómica polarizada, la pobreza y la marginación son sinónimos de inseguridad y amenaza constante. Como la vida en la ciudad ni siquiera garantiza derechos fundamentales como la integridad física y la propiedad, el espacio urbano deviene en un lugar invivible y crecientemente destinado a quienes no poseen la posibilidad de elegir otra alternativa. Por lo tanto, la representación del mundo exterior como fundamentalmente inseguro es un punto clave en la significación de las urbanizaciones cerradas en Argentina.

Concentrarse en la problemática de la inseguridad no debe dar margen a equívocos. Lejos se está de proponer que la inseguridad sea *la* causa explicativa de la proliferación de los barrios privados en Argentina. Todos los estudios relevados, desde múltiples y divergentes posicionamientos sostienen que el fenómeno en cuestión tiene una complejidad que excede ampliamente cualquier unicausalidad. Sin embargo, no se avanza demasiado con una mirada multicausalística que incorpore más variables explicativas, sino que se trata de asumir un salto ontológico que permita pensar la expansión de los *countries* como consecuencia de un proceso ideológico de legitimación, donde la lectura de la ciudad abierta contamina el sentido que esta emergente práctica adquiere en la Argentina de fines de siglo XX y comienzos del XXI.



En la medida en que toda identidad se configura relacional y diferencialmente, los countries son significados en oposición a una determinada caracterización del afuera. Pero no al modo de la relación entre opuestos que se sintetizan dialécticamente, sino en el sentido de una *radical* exclusión. La frontera simbólica entre el afuera y el adentro tiende a disolverse (a pesar de estar materializada en un muro o cerco perimetral) en la medida en que la singular significación del afuera se constituye al mismo tiempo en la condición de posibilidad del country (porque le permite ser como es) así como en su propia negación (condición de imposibilidad que evidencia su radical contingencia: el country nunca podrá ser plenamente porque su sentido depende de ese modo particular de significar su exterior constitutivo). Desde este punto de vista, emerge la paradoja de todo sentido: que su propio *centro* tiene la forma de una *falta* que es colmada desde un elemento foráneo. El exterior se encuentra al mismo tiempo afuera y adentro.

Ahora bien, que las urbanizaciones privadas se legitiman a partir de erigirse como espacios seguros es ya un lugar común. Esto se evidencia, por ejemplo, en gran parte de las publicidades de los desarrollistas inmobiliarios:

Por una mejor Calidad de Vida y una mayor Seguridad, conozca...




Descubra por que es el barrio de mayor crecimiento en todo el Oeste.

- Excelentes Lotes desde u\$s 21.000.-
- Chalet a Estrenar con Lote incluido. u\$s 88.000.-




Su sueño hecho realidad, con el precio que nadie le ofreció.

- Unico!!! Lotes desde u\$s 1.478.- y 60 cuotas de u\$s 317.-
- Chalet a Estrenar con Lote incluido. u\$s 26.000.- y 60 cuotas de u\$s 619.-

COMERCIALIZA



www.vaccaros.com.ar

Visitor Sáb., Dom. y Fer. de 11:30 a 18 hs.
O Comunicarse a los celulares
15-5141-7321 (Haras María Elena)
15-5158-7669 (Haras María Eugenia)

Av. Sarmiento 3110 . Castelar . Tel. 4661-4404



Figura 1: Publicidad Barrio Privado "Haras María Eugenia".
Fuente: Diario Clarín. Suplemento Countries (2003a).



Esta publicidad, como muchas otras, pone en primer plano y de modo deliberadamente explícito qué ofrece, ante todo, este tipo de urbanizaciones: “una mayor seguridad”. Afirmación que apela a una comparación implícita: la seguridad es “mayor” respecto de otro lugar (la ciudad abierta) donde es “menor”. Pero además establece una clara relación de contigüidad entre “calidad de vida” y “seguridad”, haciendo que ésta emerja como condición de posibilidad de aquella. Lo mismo ocurre en este otro caso, donde dicha operación ideológica aparece asimismo impregnada por un argumento fuertemente economicista (“su mejor inversión”):



Figura 2: Publicidad Country “San Eliseo”.
 Fuente: Diario Clarín. Suplemento Countries (2003c).

Como puede verse, también esta publicidad ofrece una definición de lo que supone la “calidad de vida”. Las imágenes aéreas de la ciudad privada representan “el sueño de los racionalistas llevado a la urbanización; un plano de racionalidad aplicada: la naturaleza y la comunidad con corsé” (Díaz, 2010: 21). Y el resguardo del exterior es lo que garantiza, en definitiva, la realización de un sueño (“un sueño hecho realidad”), el cual se relaciona con fastuosas viviendas, con una vida rodeada de verde, en continuo contacto con la



“naturaleza” (aunque sea una suerte de naturaleza de “diseño”), con tiempo para la práctica deportiva, una vida distendida. En otras palabras, “[el] fantasma que sobrevuela todas esas escenas en las que se exalta un particularísimo uso del tiempo libre asociado al consumo suntuario es el temor a un afuera peligroso, agresivo, violento” (Díaz, 2010: 21). En definitiva, residir en un entorno seguro permite vivir tan relajados y despreocupados que es “como vivir de vacaciones”:

Como vivir de vacaciones...

A sólo 40 minutos de Capital, en Haras del Sur, encontrarás la tranquilidad, la seguridad y el confort necesario para sentir que vivís de vacaciones todo el año.

- A sólo 40' de Capital y a 20' de La Plata.
- Acceso directo desde la Autopista.
- 116 hectáreas, 350 lotes.
- Todos los deportes. 2 Piscinas.
- Club House principal c/galería comercial.
- **Ahora también interná BANDA ANCHA**

Club House deportivo. ●
Laguna de 6 hectáreas. ●
Servicios Subterráneos. ●
Iluminación Perimetral. ●
Máxima Seguridad. ●
Cancha de Golf 9 Hoyos - Par 3. ●

Modelo Sureña I
US\$ 63.000 - 120 m²
(incluye lote de 1.250 m²)

Acceso semicubierto, recibidor, living comedor c/hogar a la italiana, cocina con lavadero, 3 dormitorios, baño 50-compartimentado, toilette, cochera, parrilla.

Modelo Sureña III
US\$ 87.000 - 208 m²
(incluye lote de 1.250 m²)

PB: Acceso semicubierto, recibidor, living comedor, cocina a la italiana, sección, cocina, comedor diario, toilette, lavadero, tender, cochera, parrilla, depósito. PA: 3 dormitorios (1 suite con vestidor y baño compartimentado), baño completo, terraza.

Varios Modelos de Casas - Escrituración Inmediata
Ej. Lote 1250 m² US\$ 21.200 (contado) ó US\$ 7.950 y 36 cuotas de US\$ 515

Atención todos los días de 9 a 19 hs.
Ruta 2 Km. 69 - La Plata
0800-555-HARAS (42727)
(02223) 49-8765
informes@harasdel-sur.com.ar
www.harasdel-sur.com.ar

HARAS del SUR
CLUB DE CAMPO

Figura 3: Publicidad Club de Campo “Haras del Sur”.
Fuente: Diario Clarín. Suplemento Countries (2003b).

Este protagonismo de la cuestión de la seguridad que se evidencia en las estrategias publicitarias orientadas a la promoción de countries es algo inescindible de una singular lectura de la ciudad abierta. El mundo exterior a la burbuja, la sociedad progresivamente fragmentada y polarizada es vista como una amenaza y se configura como un lugar donde impera la inseguridad y donde los sujetos están expuestos a la coacción y el miedo. Como lo muestra la voz de un residente:

“Me costaría vivir afuera porque yo acá dejo todas las puertas abiertas, y viviendo afuera, por más que mejore el tema de la seguridad, no podría hacerlo. Me va a costar dejar cosas afuera, en el jardín, y olvidarme,

porque cuando salís ya es como la jungla” (testimonio citado por Kessler, 2009: 241).

El afuera “es como una jungla”, es un espacio donde la propiedad y la vida están permanentemente expuestas porque, como en la jungla, el otro es siempre una potencial amenaza. De este modo, salir de la burbuja siempre es un riesgo, es exponerse, es estar desprotegido:

“En una quinta de acá matan gente, o sea que uno no está al margen de que lo asalten viviendo acá, porque también hay que transitar otros lugares. Yo voy al supermercado y en ese trecho, tranquilamente, me pueden asaltar. Voy al centro de Pilar y me pueden robar” (testimonio citado por Kessler, 2009: 242).

Así, en el afuera siempre se está inseguro: “matan gente”, “tranquilamente, me pueden asaltar” o “me pueden robar”. Esta relación de contigüidad que se establece entre “inseguridad” y “delito” o “crimen” tiende a naturalizar aquello que en realidad es producto de una vinculación ideológica. Como lo muestra esta declaración, se equivalencian dos cuestiones distintas, como la “inseguridad” y la “delincuencia”. Ocultándose así que hay múltiples formas de “inseguridad” distinta a la falta de garantías sobre la propiedad y que afectan igualmente al sujeto (por ejemplo, la inseguridad de no tener trabajo) como que también existen otras posibilidades de hechos delictivos (como la corrupción política) que no afectan tan directamente la propiedad privada ni la integridad física. En esta dirección, el primer paso imprescindible es reconocer que se asiste a una definición precaria de “inseguridad”, en el sentido de que existe una pluralidad de modos de fijar el sentido de este término. En este caso, la sinonimia entre inseguridad y delincuencia está tan enraizada que parecería no exigir mayores aclaraciones: referirse a la inseguridad es hablar del delito.

Ahora bien, sostener que esta asociación es ideológica no quiere decir que la violencia, la delincuencia y el crimen sean una “creación mental” o una cuestión meramente lingüístico-discursiva. Como puede verse en el siguiente gráfico, los datos estadísticos muestran un claro incremento del delito:

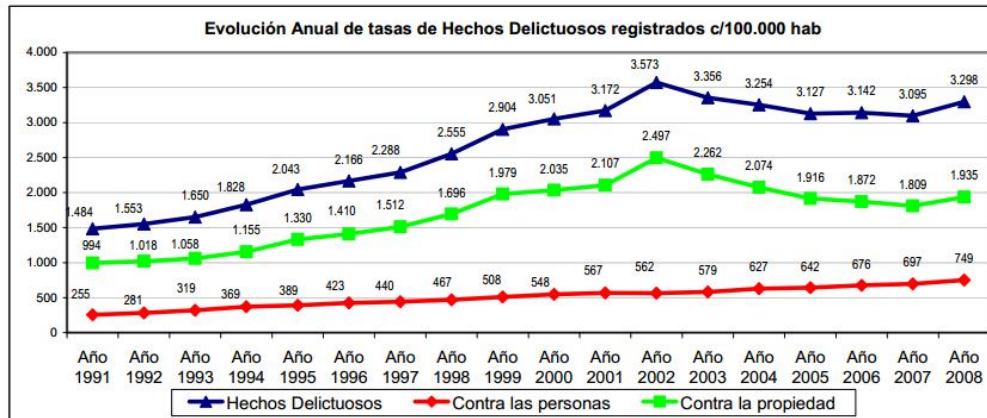


Gráfico 1: Evolución Anual de tasas de hechos delictivos.
Fuente: Ministerio de Justicia de la Nación (2008: 34).

Sin embargo, la cuestión radica en cómo se significan estos crecientes hechos delictivos. Se trata de dar cuenta de la *hegemonización* de la misma idea de (in)seguridad poniendo en evidencia la asunción del lugar universal por parte de una singularidad o, lo que es lo mismo, mostrar el carácter no necesario (y por tanto, ideológico) entre el *hecho* y su *sentido*.

Como se acaba de señalar, la “sociedad” es vista primordialmente como un lugar peligroso, agresivo y hostil. De forma que la condición de posibilidad de la delimitación de las fronteras de la burbuja es el modo particular en que se define a la ciudad abierta y lo primero que surge desde las declaraciones de los residentes es una lectura ideológica del exterior signada por la cuestión de la inseguridad. Un caso extremo de este sentimiento de vulnerabilidad de los de adentro respecto a los de afuera puede ser graficado a través del relato de una residente que tardó dos años hasta animarse a atravesar la frontera del country:

“Porque yo me decía, viste, la gente que tenía una cara... me van a acuchillar de momento... Ya está, la pavada se me fue a los dos años, la estupidez mental se me fue a los dos años” (testimonio citado por Svampa, 2008: 168).

Radicalidad que tiende a ser “razonable” si se atiende al modo trágico con que muchas veces se habla de inseguridad, no solamente por parte del periodismo sino también en la voz de “expertos” que aparecen amplificadas en los medios de comunicación. Paola Spatola, experta en seguridad y Presidenta

del Centro para la Convergencia Ciudadana, publicó una nota en el diario Clarín donde sostiene que “los argentinos somos todos potenciales víctimas”, somos todos “secuestrables” y que progresivamente “[nos] estamos recluyendo cada vez más en nuestro ambiente más íntimo para protegernos de un medio que se nos hace más hostil”. Frente a esta grave situación, concluye la “experta”: “lo que queda claro es que como sociedad todos somos víctimas del delito, del secuestro; vivimos un cautiverio virtual generado por aquellos que aparecen y desaparecen abruptamente, como seres invisibles siempre presentes y vigilantes, que nadie sabe dónde están ni cuándo nos pueden sorprender” (Spatola, 2004: s/d). En este contexto, no parece alocado suponer que los de afuera de la burbuja “que tienen una cara...” pueden “acuchillar” a cualquiera.

Como puede verse en el relato de quien temía salir del country, y en sintonía a lo mostrado por muchas investigaciones sobre la inseguridad, “las acciones son un indicador mucho más preciso de la presencia de una emoción” (Kessler, 2009: 45). No salir es el modo de expresar el miedo al mundo exterior. Miedo que se dirige a un objeto específico –los de afuera: “la gente que tiene una cara...”– lo cual, en términos psicoanalíticos, se diferencia de la angustia, que emerge cuando no se puede simbolizar nítidamente el objeto al que se orienta.

Otro caso algo menos extremo es el de quienes limitan las salidas de la burbuja a lo estrictamente necesario e inevitable:

“[...] estamos acá y no salimos, yo creo que es un problema de seguridad, viste, ahora están pasando tantas cosas, que viste, tenés que ir a cenar afuera y lo pensás dos veces, tanto en capital como acá, no es porque acá... vivimos en Pilar, no... lo pensás dos veces. Yo prefiero mil veces comer en mi casa o comer acá en el house que salir afuera a comer de noche, si en todo caso mi marido no quiere hacer asado, voy, pero voy domingo al mediodía o sábado al mediodía, pero yo trato de evitar salir de noche” (testimonio citado por Arizaga, 2005: 99).

Esta mirada del afuera, lejos de aplacarse una vez confinado en la burbuja, no hace más que agudizarse y el mundo exterior es vivido con zozobra y temor:

“-Yo soy muy paranoico, siempre fui medio perseguido y desde que vivo acá, más. Llego y dejo el auto sin mirar para atrás. Pero cuando salgo de

mi trabajo y camino unas cuadras para buscar el auto, lo hago medio fruncido.

-Sí, cuando salís te sentís más expuesto” (testimonio citado por Svampa, 2008: 228).

Dicha lectura del exterior refuerza el aislamiento de la burbuja que va haciendo que el contacto con el exterior sea cada vez menor. Sin embargo, aislarse de la “sociedad” no es la única opción para evitar la violencia, o encerrarse en un country no es la única alternativa para garantizarse la seguridad. La definición de la alteridad en términos de potencial amenaza deviene en una suerte de criterio legítimo para sortear al otro, para evitarlo mediante el propio encierro, impedir que el otro se aproxime: “en una era donde la sociedad democrática está institucionalizada, la frontera radical con el otro no puede ya plantearse en términos de clase, etnia o nacionalidad; ese límite sólo puede legitimarse si el otro es peligroso” (Kessler, 2009: 61). En todo caso, lo relevante es que el único riesgo de salir del country que se menciona es la inseguridad en términos delictivos. Por ejemplo, no se menciona el riesgo a sufrir un accidente de tránsito (algo estadísticamente mucho más probable). En realidad, la tolerancia frente al riesgo no guarda una relación estadística ni objetiva. No se teme necesariamente aquello que es más probable que acontezca. Como las investigaciones recientes han mostrado (i. e. Kessler, 2009) un riesgo resulta mucho más insoportable cuando es causado por la acción intencionada de otro sujeto y, por lo tanto, se visibiliza rápidamente al responsable: el delincuente (individualizado), quien actúa deliberadamente en búsqueda de un beneficio propio, y frente al cual se debe procurar protección, inmunización. La posibilidad de salir cada vez menos del country depende de que éste vaya asumiendo crecientemente aquellas cuestiones que exigen la salida de la burbuja. Desde restaurantes (“comer en mi casa o comer en el *house*”) hasta servicios de lavado de autos, pasando por farmacias o peluquerías caninas, sean directamente provistos por la burbuja o a través de servicios de *delivery* desde el exterior.

Incluso en relación con el entorno más próximo, la interacción es prácticamente nula, evidenciándose que la proximidad física –ya que muchas veces la distancia está sólo definida por la muralla o el vallado de alambres– no

puede permear la distancia social y económica. Como puede apreciarse en el siguiente testimonio:

E: ¿Y qué relación tenés vos con la gente de acá de la cuadra, más cercana?

R: Nada.

E: ¿Ya esa gente cómo la definís?, ¿cómo es?

R: Y... ni te la cruzás” (testimonio citado por Arizaga. 2005: 92).

Al otro “ni te lo cruzás”, por lo que los residentes de la burbuja parecen no contar con elementos para “definirlos”. Sin embargo, a pesar de no tener casi ninguna interacción con quienes están del otro lado del muro, una mirada desde las ventallitas del automóvil o del transporte privado en su breve recorrido hasta llegar a la autopista, parece bastar para describir ese entorno inmediato. Y precisamente a partir de dicha caracterización del afuera más próximo es que el otro desconocido pasa a encarnar aquello que define su disposición espacial en la ciudad. Esto puede reconocerse en este diálogo entre dos residentes acerca de cómo ven el entorno cercano que generalmente rodea a las urbanizaciones cerradas:

R1: -Todos [los countries] tienen un problema de periferia.

R2: -Todos no. Muchísimos barrios que están sobre Panamericana no tienen una villa al lado.

R1: -Pero el 90 por ciento debe tener problemas de periferia, unos más graves y otros menos graves.

R2: -Yo creo que no, pero, bueno... [...] En Luján, por ejemplo, se hacen barrios en el medio del campo, se cierra un pedazo de campo y alrededor ¿qué queda?, campo...

R1: -Sí, pero dentro de veinte años va a tener un barrio periférico. Andá al Highland, primero era nada y después tuvieron problemas de periferia, porque se genera un barrio alrededor que trabaja y que le da servicios al barrio de adentro; sobre todo esos que están tan alejados, porque acá estás en el medio de Bella Vista, que es una ciudad.

E: -¿Vos a que te referís cuando hablás de problemas de periferia?

R1: -Y de... robo... sobre todo, el problema es de seguridad. Nosotros fuimos al Lago [otro barrio privado] a ver un terreno y nos dijeron que una buena característica del Lago es que tenía doble cerco perimetral con guardias que rondan con perros. Yo decía “¡qué feo!” [risas]. Me hizo acordar a la época medieval” (testimonio citado por Svampa, 2008: 212).

Esta situación hace que muchas veces surja una diferencia hacia el propio interior de la burbuja, haciendo que algunas zonas de éstas sean más inseguras que otras:

“La gente que tiene las casas pegadas al perímetro lateral se ha quejado más de una vez de ver personal colgadas con todo su cuerpo hacia el country o sentadas directamente en el paredón, mirando por dónde saltaba o simplemente mirando hacia acá...”(testimonio citado por Kessler, 2009: 243).

En este mismo sentido, un joven residente cuenta:

“-¿Te sentís seguro acá?
-Te digo la verdad, cada tanto se escuchan un par de tiros. Nosotros justo vivimos en uno de los límites del country [...]” (testimonio citado por Rojas, 2007: 231).

Así, por un lado, el entorno de pobreza es significado como un “problema de periferia”, en la medida en que la pobreza es sinónimo de potencial amenaza. El otro, en tanto individuo, es alguien con quien no se interacciona y por lo tanto es un desconocido; sin embargo, en tanto habitante de un lugar con ciertas características morfológicas (de pobreza), el otro transitivamente se erige virtualmente peligroso. Se desconfía del extraño, pero cuando el desconocido es pobre entonces esa desconfianza toma la forma del miedo debido a la relación de contigüidad que se establece entre pobreza y delincuencia. Esta sinonimia se legitima en el contexto del relato del fin de la sociedad salarial y de la consecuente crisis de los ámbitos de socialización e integración tradicionales: como la escuela, la familiar y el trabajo. Las clases subalternas ya no son peligrosas por su condición de trabajadores (como acontecía en la Argentina de los '70 legitimando la represión ilegal) sino, precisamente, por haber dejado de serlo: “no se teme a la masa como un cuerpo gigantesco, sino a individuos supuestamente anómicos y desocializados” (Kessler, 2009: 80).³

De este modo, no sólo se intercambian indistintamente “inseguridad” y “delincuencia” sino que además se las vincula *causalísticamente* a la “pobreza”, negando el hecho evidente que hay pobres no delincuentes y hay ricos que sí lo son. Como ya ha sido demostrado, esto comenzó a ocurrir en Argentina entre finales de los ochenta y los primeros años de la década posterior. Durante los primeros años de la vida democrática no solamente la cuestión de la inseguridad era marginalmente tratada por los medios de comunicación, sino

que además cuando un hecho delictivo tomaba estado público era por su relación con “mano de obra desocupada” de ex represores o ex miembros de los servicios de inteligencias vinculados a la última dictadura militar. Pero tras la hiperinflación del '89, el delito deja de relacionarse con la herencia dictatorial y comienza a ser explicado en términos de una cuestión social, como la deriva de la creciente degradación de la situación social. Este consenso en torno al delito como una problemática social, posibilita que a partir de los años noventa la inseguridad comience a ser utilizada ya sea como categoría descriptiva de la realidad, como una sección mediática relativamente estable o en tanto problema público generalizado (Martini, 2002, 2007). Consecuentemente, en la actualidad, la inseguridad vinculada al delito es más una suerte de *prenoción sociológica*, antes que un concepto desarrollado por las ciencias sociales (Kessler, 2009). La sinonimia inseguridad y delincuencia comienza a operar como una forma de explicar la realidad a partir del más autoevidente *sentido común*.

Lo que puede observarse, en definitiva, es que la explicación de la inseguridad y la delincuencia en términos de una “cuestión social” adquiere en el caso de la significación de las urbanizaciones privadas un sentido singular. Aun cuando escape a las intenciones de los “expertos” o del periodismo especializado una asociación lineal entre pobreza y delincuencia que genere una criminalización de la pobreza, en la medida en que se asocie el delito al accionar desorganizado de sectores marginales es muy difícil evitar las generalizaciones. Pues bien, los discursos legitimadores de los countries caen una y otra vez en esta estigmatización, casi sin miramientos ni autocrítica. Algo que se evidencia claramente en las descripciones del entorno, lo cual es coincidente con las conclusiones a las que llegan las investigaciones específicas sobre la inseguridad:

“En general se ha observado que, cuando se habla de un individuo puntual, hay un cuidado mayor para no asociar pobreza con crimen que el que se tiene cuando se hace referencia a un lugar, en particular a algunas villas miseria y a ciertos barrios del conurbano bonaerense, a los que de modo casi explícito se considera zonas de concentración de delincuentes” (Kessler, 2009: 86).

Cuando se dirige hacia el entorno espacial la relación de contigüidad mencionada cobra mucha fuerza, mientras que decae notablemente cuando se refiere a individuos puntuales (trabajadoras domésticas, típicamente).

Las urbanizaciones cerradas emergen como protección de la pobreza, leída como generadora de inseguridad, pero allí donde se establecen estimulan el traslado de sectores excluidos en la búsqueda de los trabajos –poco calificados y mal pagos- que estas urbanizaciones generan, ya que la burbuja para su funcionamiento armónico demanda personal de servicios del exterior. Paradójicamente, la burbuja deviene en estímulo de aquello de lo que desea protegerse. Si bien este es un punto que amerita un análisis más profundo, resulta interesante destacar cómo los residentes declaran no tener ningún vínculo con quienes están del otro lado del muro (a esa gente “ni te la cruzas”), mientras que en realidad muchas veces son empleados (domésticas, seguridad, jardineros, etc.) del mismo country, poniéndose en evidencia una completa deshumanización de las relaciones laborales entre empleadores y trabajadores. La aparente contra cara de esta situación, pero que pone en evidencia la misma mirada sobre el exterior y sobre la pobreza, es el gran alivio que expresa este otro residente por estar “rodeado de seguridad”:

“Estamos en un lugar bastante privilegiado, en el sentido [de] que tenemos dos barrios enfrente, los dos con la misma vigilancia, y el cementerio del fondo que todos tienen la misma agencia de vigilancia, la bajada es la misma, entonces es como que entre los cuatro, aparte de tener tanta vigilancia enfrentada lo que hace que sea una calle muy segura, tienen un móvil que da vuelta por los cuatro [barrios], que se comparte. Entonces que es una zona bastante tranquila, [aunque] siempre [está] el tema del ratero que te corta el alambre por algún costado de atrás, pero ha pasado alguna vez, nada más” (testimonio citado por Svampa, 2008: 210-211).

Sin embargo, como la sensación de inseguridad siempre es comparativa, la seguridad del barrio privado depende en buena medida de la exacerbación de una percepción de inseguridad externa; de modo que nunca es realizable la seguridad en un sentido absoluto. La seguridad representa una especie de horizonte que se desplaza constantemente. Y este es otro aspecto que la imagen de la burbuja permite poner de relieve:

“Hay una cierta seguridad, si bien no es un búnker. Si mañana viene un profesional tampoco vas a pretender que el pobre tipo que está en la



guardia se convierta en un Rambo y te solucione todos los problemas, pero por lo menos la cosa chiquita del inexperto está solucionada” (testimonio citado por Kessler, 2009: 243).

Esta fragilidad de los muros es muchas veces reconocida:

“Yo elegí esto por seguridad [...]. Pero bueno... la seguridad en los countries es como el preservativo: uno supone que tiene que funcionar” (testimonio citado por Castelo, 2007: 127).

Una serie de hechos delictivos sucedidos al interior de algunos countries con un desproporcionado impacto en los principales medios de comunicación, parece poner en cuestión la sensación de protección prometida por la burbuja. En los primeros años del nuevo siglo se producen los primeros casos de asaltos a barrios cerrados y se empieza a resquebrajar aquella imagen idílica promovida por publicistas y desarrollistas. La inseguridad atraviesa los muros y en muchos casos, inclusive, lo hace violentamente: “Un vigilador que los descubrió recibió un impacto de bala en una pierna cuando intentó detenerlos” (Carabajal, 2005: s/d). Más allá de lo irrelevante que puedan ser estos acontecimientos en términos estadísticos, es sugerente la repercusión que tienen. Tal como lo destaca una nota del diario La Nación:

“Los relatos de los pacientes, generalmente, comienzan explicando que fueron a vivir al country en busca de seguridad y tranquilidad porque hay vigilancia, según Martínez Castro, quien, además, asegura que en su consultorio de Capital no recibe tantas consultas por el tema de la inseguridad. [...] La médica psiquiatra Graciela Moreschi explica esta idea cuando dice: “El hecho violento rompe la ilusión de protección que tenían los que viven en countries. Sienten que su mundo se resquebraja, y esto puede significar una sensación de vulnerabilidad mucho mayor que la vivida por la gente de Capital o del conurbano, que está preparada psicológicamente o al menos desarrolla defensas para semejante eventualidad” (2010: s/d).

Como puede evidenciarse, la promesa de seguridad ocupa un lugar privilegiado en la opción por el aislamiento. Pero nunca se trata de una total inmunización, y esto es algo que precisamente la metáfora de la burbuja pone en evidencia: que sus fronteras no son infranqueables. En realidad, como sostiene un “especialista” en cuestiones de seguridad, esto no debería sorprender porque “[el] delincuente busca dónde hay plata y se supone que en los countries hay. Además, los barrios privados se relajaron, bajaron la guardia”

(Carabajal, 2005: s/d). De hecho, los efectos de la crisis del 2001 parecieron también alcanzar a muchos countries que, buscando ajustar las elevadas expensas, bajaron los gastos en seguridad, ya que en la mayoría de los casos “el costo de la seguridad equivale al 50 por ciento de las expensas”, como reconoce un urbanista y desarrollador de este tipo de urbanizaciones (testimonio citado en Carabajal, 2005). Años después, los asaltos a barrios privados vuelven a ocupar un lugar privilegiado en los medios de comunicación. Inclusive, la Revista Noticias dedicó la tapa al “Fin de la Burbuja Country”, indicando la duplicación de los delitos a estas urbanizaciones en los últimos cinco años y, en consonancia con la noticia del diario La Nación recientemente citada, el aumento del 40% de las consultas psiquiátricas “por trastornos de ansiedad, estrés o ataques de pánico causados por la inseguridad” (Noticias, 2010: 92). Se asiste así al tránsito “[d]el mundo idílico a la realidad” (Noticias, 2010: 92).

De esta forma, la búsqueda de seguridad es incesante, lo que exige estar constantemente preparado para los cambios en los modos delictivos justificando el sostenimiento y expansión de un verdadero mercado de la seguridad. Según los datos de la Cámara Argentina de Empresas de Seguridad, “el mercado de la vigilancia privada facturó 900 millones de pesos durante 1998. En 1994 la cifra rondaba los 700 millones” (Tobar, 2001: s/d) lo cual representa un aumento de casi un 30%. Y ya para el año siguiente, la cifra superaba los 1000 millones de pesos. La “gestión” de la inseguridad incluye toda una serie de dispositivos tecnológicos y de acciones defensivas y elusivas orientadas a “lograr una sensación de control sobre las amenazas que se perciben, intentando encontrar un equilibrio entre las precauciones y el mantenimiento de las prácticas cotidianas” (Kessler, 2009: 189). Equilibrio que se desplaza constantemente y que exige una permanente adaptación:

“Había algunos vecinos nuevos que decían que era obvio que nos iban a robar porque no tenemos cerco perimetral ni un guardia con un perro que dé vueltas por todos lados. Nos dijeron que estamos muy achanchados con el sistema de seguridad que tenemos; entonces, algún día, con todos los afanos que hay van a entrar...” (testimonio citado por Kessler, 2009: 244).

Aunque lógicamente los countries se constituyan en espacios más seguros que la ciudad abierta, un problema central para los habitantes de este tipo de urbanizaciones es el tramo existente entre la salida del country y el acceso a la ruta, donde éstos padecen la mayoría de los hechos de inseguridad. Estas zonas grises, exigen a la comunidad-country relacionarse con las autoridades públicas para que les garanticen la seguridad. Incluso, este reclamo emerge como uno de los tópicos principales de demanda frente al Municipio: “buenos caminos y accesos seguros”. Al respecto es interesante el siguiente relato, donde en el modo de plantear la solución se evidencia con mucha crudeza una determinada mirada del mundo exterior:

“Cada vez que hay que hacer alguna historia con el municipio, hay que sacar plata para alguien, y después viene el problema en el country. Todo el dinero que entra al country está documentado, todas las salidas de fondos, cuando pasan estas situaciones, no están documentadas. Todos sabemos y aceptamos, porque queremos que pase, pero hay que hacer la vista gorda, y que salgan fondeos sin documentarse, [pues] no le puedo pedir al concejal que se llevó la plata un documento de que él robó tanto. Entonces, después se platea el problema interno, todo el mundo lo sabe, y todo el mundo lo acepta, pero cuando cambia el color político interno ahí todos se acuerdan y tildan de ladrón al que hizo ese arreglo, porque no hay explicaciones” (testimonio citado por Svampa, 2008: 192).

En contraposición a la administración del country donde todo “está documentado”, la dimensión de lo público del mundo exterior está definida por la corrupción y la ineficiencia. Este modo singular de significar el Estado también se expresa en las estadísticas que muestran que la Argentina tiene el mayor porcentaje de población que señaló haber tenido alguna experiencia de corrupción (Dammert y Malone, 2002: 286). Asimismo resulta sintomático el desparpajo con que se admite el empleo del soborno (“hay que sacar plata para alguien”). Quizás se deba a cierto sentimiento de exculpación justificado por lo inevitable de la situación: “todo el mundo lo sabe, y todo el mundo lo acepta” porque no hay opción, sino la Administración Pública no hace nada. Se trata de “un arreglo”.⁴ Así, la corrupción es exclusivamente un problema de lo público, de lo referido al ámbito estatal. Quien corrompe, asume esa actitud casi como una imposición inevitable dadas las reglas del juego que impone un Estado ineficiente e ineficaz.

Como se afirmó anteriormente, uno de los principales motivos que fuerzan un vínculo con las instituciones públicas por parte de los countries tiene que ver con la demanda de seguridad para los tramos entre la urbanización y la autopista. Uno de los modos de garantizarse la acción pública es mediante el pago de sobornos. El mismo residente que se acaba de citar también refiere al “abono” que se debe pagar a la policía para que “libere la zona” entre el country y la autopista. El problema sucede cuando habitantes del country reclaman porque pagan y la policía no está; sin embargo, “no hace falta, si vos pagás la cuota, no importa que esté el móvil, porque ya con la cuota no hay robos” (testimonio citado por Svampa, 2008: 193).

Así, no solamente se reconoce que la policía actúa cuando se pagan coimas sino que, lo que aún es mucho más grave, se da como obvia la connivencia entre la policía y los delincuentes: “si vos pagás la cuota, no importa que esté el móvil”.

En definitiva, como lo demuestran Dammert y Malone desde otra gramática completamente distinta, la corrupción y la decreciente confianza en la policía convergen en un incremento de la sensación de inseguridad porque llevan “a los ciudadanos a sentirse indefensos frente a la criminalidad” (2002: 285). Este fenómeno es particularmente grave en Argentina ya que sus ciudadanos “presentan los niveles más bajos de confianza en la policía en América latina, y consideran que la corrupción es un problema muy importante” (Dammert y Malone, 2002: 286). De modo que la sensación de inseguridad no sólo depende de la victimización y de la influencia de los medios de comunicación, como se sostuvo anteriormente, sino que también influye la falta de confianza en las instituciones públicas responsables de controlar el crimen⁵.

Que el discurso de la corrupción política y de la ineficiencia del Estado es un recurso disponible en Argentina desde fines de la década del setenta, y que circuló con mucha fuerza durante los años del menemismo, es algo largamente demostrado por las ciencias sociales. Y la lectura del exterior que legitima la reclusión en la burbuja pone en evidencia los efectos de estos discursos sobre la ineficiencia de lo público, la incapacidad del Estado de resolver los problemas de los ciudadanos y la corrupción como características

intrínsecas de la política. Discursos que convergen en sus efectos sobre el sentimiento de inseguridad; incremento que “tiene un claro potencial erosionador de los procesos de consolidación democrática en la Argentina” (Dammert y Malone, 2002: 299). Ejemplo de ello es la radical solución por la que optan muchas urbanizaciones privadas que consiste en contratar directamente un servicio privado de seguridad que “acompañe” a los residentes desde la salida del barrio hasta la autopista o ruta. En definitiva, como declara otro residente: “si el Estado no me da seguridad, me la tengo que dar yo” (Kessler, 2009: 241). Así, el country parece representar una suerte de prevención por mano propia.

Pero al mismo tiempo, se trata de discursos sobredeterminados por la gramática neoliberal. Las miradas sobre la corrupción política y la ineficiencia estatal y las consecuentes soluciones que se van imponiendo (donde el country es un ejemplo paradigmático), desplazan el debate sobre el Estado en particular y sobre lo público en general desde el campo estrictamente político hacia otros registros. Ya que, como sostiene Sidicaro, “los diagnósticos sobre la situación estatal están asociados a concepciones sociales, políticas y económicas, e invariablemente aconsejan cambios en las legislaciones y el funcionamiento burocrático cuyas consecuencias no resultan socialmente neutras” (2009: 17). Así por ejemplo, como se remarcó anteriormente, la puja entre capital y trabajo deja de disputarse entre “empresarios” y “obreros” organizados sindicalmente y comienza a desarrollarse en el campo técnico-científico (donde la idea de *productividad* se erige a sí misma como el criterio justo y racional para la distribución primaria)⁶ o bien el enfrentamiento se desplaza al campo de la ética⁷ a través de gramáticas como la “responsabilidad social empresaria” que buscan regular los efectos sobre la esfera pública de las decisiones del sector empresarial (cuyas acciones claramente tienen efectos que trascienden a lo estrictamente privado).⁸ En el campo estrictamente político, esta despolitizadora mirada sobre la corrupción y sobre la ineficiencia del Estado, posiblemente haya alcanzado su momento cúlmine con las elecciones presidenciales de 1995 cuyos partidos opositores (principalmente la UCR y el FREPASO) centraron la campaña electoral en aspectos éticos,

acusando al oficialismo de “actos de corrupción, amiguismo y clientelismo” (Morresi, 2008: 92) pero sin poner en cuestión las bases de las transformaciones estructurales de clara orientación neoliberal, aún en el contexto de una severa crisis económica como producto de los efectos de la abrupta devaluación de la moneda mexicana (el denominado “efecto tequila”). Aunque en esas elecciones Menem no sólo ganó sino que además lo hizo obteniendo más votos que en 1989, “el intento de la oposición de reemplazar la ausencia de una discusión política por un debate ético mostraría sus réditos en los años siguientes” (Morresi, 2008: 93), cuando en 1999 la Alianza entre radicales y frepasistas sentaría a Fernando de la Rúa en el sillón de Rivadavia.

En todo caso, se asiste una y otra vez a la ya clásica desconfianza liberal respecto al poder político y a sus reiterados intentos por encorsetarlo y ponerle rígidos límites respecto al campo de las actividades individuales. Aquí, bajo las forma de la corrupción y la ineficiencia, que presentan al Estado como imposibilitado para responder a las nuevas demandas de los sectores más favorecidos, quienes apelan al crecientemente legitimado mercado para proveerse de seguridad y de ámbitos sociales de distinción. Aquello que Sidicaro juzga como paradójico, encuentra su consistencia: “los ‘hombres de negocios’ le hablaron a los ‘hombres y mujeres comunes’ para persuadirlos de que la responsabilidad de lo ocurrido era de la voracidad de la clase política” (2009: 61). Son los representantes del mercado quienes ganan prestigio y legitimidad frente a una decadente clase dirigente. Desde este punto de vista, la emergencia y proliferación de las urbanizaciones privadas en Argentina es un fenómeno que cobra sentido en un contexto signado, tal cual expresara Sidicaro, por las “luchas ideológicas en torno al problema de la génesis del intervencionismo estatal y sobre las causas de su falta de eficiencia [que] ocuparon una parte considerable de las discusiones políticas de las últimas décadas” (2009: 17).

Conclusión

A lo largo de este artículo se ha procurado escrutar cómo se legitima la proliferación de urbanizaciones cerradas a partir de una singular lectura ideológica de la vida urbana. Desde este punto de vista, la ciudad abierta, signada por el aumento de la violencia urbana y de la inseguridad opera como aquello excluido a partir de lo cual la burbuja puede ser. Pero la idea de inseguridad a la que se apela no es universal sino que es una inseguridad producto del incremento de los delitos que atentan contra la propiedad privada y contra la integridad física de las personas, evidenciándose una hegemonización de la idea de inseguridad que la equivalencia al delito. Y, a su vez, el delito es leído en términos estrictamente individualistas, donde el delincuente es representado ante todo como un sujeto anómico que actúa deliberadamente en pos de sus beneficios individuales. Aunque la problemática del delito no sea nueva en Argentina, a partir de finales de los años ochenta se produjeron una serie de desplazamientos ideológicos sobredeterminados por la instauración de la hegemonía neoliberal. El delito deja de vincularse con los resabios dictatoriales y empieza a ser considerado como una cuestión social, sin embargo el individualismo presente en la significación de las urbanizaciones privadas en Argentina hace que los atentados contra la propiedad privada y la integridad física de las personas sea asociado con el accionar desordenado de sectores marginales. Esto termina habilitando que los sectores urbanos empobrecidos sean considerados como lugares habitados por delincuentes y, por lo tanto, como espacios peligrosos. Si se anuda esta doble reducción de la inseguridad y del delito con la mirada hegemónica en torno al Estado, en términos de incapacidad para regular las relaciones sociales, el corolario es la legitimación de la opción individualista por el aislamiento.

En definitiva, la alteridad es representada en términos amenazantes, siendo el otro significado como un problema a sortear. Así el aislamiento orientado a evitar el contacto con el otro-desconocido pasa a ser presentado no solamente como una alternativa válida sino además como la materialización de un deseo que ya está presente de antemano en aquellos sujetos que optan por

la vida en la burbuja. Porque la burbuja no solo ofrece protección, sino que asimismo implica un “estilo de vida” que es presentado una y otra vez como la realización de un deseo por el cual optan deliberadamente los individuos que deciden residir en ella. La “calidad de vida” desde este punto de vista, pasa a depender ante todo de la “seguridad”, que a su vez depende de cierta inmunización respecto al otro.

Sin embargo, la frontera nunca es completamente hermética. En la medida en que la burbuja para su funcionamiento armónico requiere de una multiplicidad de trabajadores del sector servicios, allí donde se instala prontamente deviene en estímulo para los sectores pauperizados para emplazarse en sus inmediaciones. Asimismo, la fragilidad de las fronteras también se evidencia en los distintos hechos delictivos acontecidos hacia el interior de los barrios cerrados que, más allá de la cuestión cuantitativa, representan una situación tan traumática que pone en evidencia la centralidad que la promesa la seguridad juega en la opción por el aislamiento. En este mismo sentido, la fragilidad de las fronteras de la burbuja también hace que la búsqueda de seguridad sea una cuestión incesante y nunca acabada, que no deja margen al relajamiento por parte de sus privilegiados residentes. Así, el “mercado” de la seguridad se erige como un campo en constante expansión.

Un último punto analizado se refiere a cómo opera la crítica al Estado que circulaba por la formación política argentina, en término de ineficiencia y corrupción. Frente a esta situación los sujetos cuestionan las posibilidades del Estado para hacer frente a la creciente inseguridad urbana, con lo cual la alternativa individualista se legitima como la única verdadera alternativa eficaz. Por lo tanto, la inseguridad no solamente depende de la victimización y de la influencia de los medios de comunicación, sino también de la generalizada falta de confianza en las instituciones públicas que afecta muy particularmente a las encargadas de la seguridad ciudadana (Policía y Poder Judicial en general).

Referencias bibliográficas

- ALTHUSSER, Louis. (1969). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- ARIZAGA, Cecilia. (2005). *El mito de comunidad en la ciudad mundializada: estilos de vida y nuevas clases medias en urbanizaciones cerradas*. Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto.
- BALLENT, Anahi. (1998). "Country life: los nuevos paraísos, su historia y sus profetas". *Block. Revista del Centro de Estudios de Arquitectura de la Universidad Di Tella*, 2, 88-101.
- BERLIN, Isaiah. (1988). *Cuatro ensayos sobre la libertad*. Madrid: Alianza.
- CARABAJAL, Mariana. (2005). "Se pinchó la burbuja". *Página 12*. Recuperado de: <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-51957-2005-06-05.html>
- CASTELO, Carla. (2007). *Vidas perfectas: los countries por dentro*. Buenos Aires: Sudamericana.
- CLARÍN. SUPLEMENTO COUNTRIES. (2003a). "Haras María Eugenia. Barrio Privado". Buenos Aires, 16 de agosto de 2003, pág. 9.
- CLARÍN. SUPLEMENTO COUNTRIES. (2003b). "Haras del Sur. Club de Campo". Buenos Aires, 30 de agosto de 2003, pág. 2.
- CLARÍN. SUPLEMENTO COUNTRIES. (2003c). "San Eliseo. Golf and Country Club". Buenos Aires, 4 de octubre de 2003, pág. 3.
- DAÍN, Andrés. (2010). "La lógica de la sobredeterminación: hacia una radicalización del análisis político". *Revista Pensamiento Plural*, 7, 91-109.
- DAÍN, Andrés. (2011). Ontología de la Sobredeterminación. En Emmanuel Biset y Roque Farrán (Comps.), *Ontologías Políticas* (pp. 43-77). Buenos Aires: Imago Mundi.
- DAMMERT, Lucía y MALONE, Mary Fran. (2002). "Inseguridad y temor en la Argentina: el impacto de la confianza en la policía y la corrupción política sobre la percepción ciudadana del crimen". *Desarrollo económico*, 42, 285-301.
- DÍAZ, Esther. (2010). *Las grietas del control. Vida, vigilancia y caos*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- HOWARTH, David (2005) "Aplicando la Teoría del Discurso: el Método de la Articulación". *Studia Politicae*, 5, 37-88.

- KESSLER, Sergio. (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACAN, Jacques. (2003). *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACAN, Jacques. (2006). *Seminario III: La psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- LACLAU, Ernesto. (1990). *Nuevas reflexiones sobre la revolución en nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LA NACIÓN. (2010). "Por miedo a los robos, del country al diván". Buenos Aires, 8 de febrero de 2010. Recuperado de: <http://www.lanacion.com.ar/1230897-por-miedo-a-los-robos-del-country-al-divan>
- MARTINI, Stella. (2002). Agendas policiales de los medios en Argentina: la exclusión como un hecho natural. En Sandra Gayol y Gabriel Kessler (Comps.), *Violencias, delitos y justicias en la Argentina* (pp. 87-112). Buenos Aires: Manantial-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- MARTINI, Stella. (2007). Argentina. Prensa gráfica, delito y seguridad. En Germán Rey (Coord.), *Los relatos periodísticos del crimen. Cómo se cuenta el delito en la prensa Latinoamericana* (pp. 21-54). Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación Friedrich Ebert Stiftung.
- MINISTERIO DE JUSTICIA DE LA NACIÓN. (2008). *Sistema nacional de información criminal año 2008. Informe para el total del país*. Recuperado de: <http://www.jus.gob.ar/media/1125632/SnicARGENTINA2008.pdf>
- MORRESI, Sergio. (2008). *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional-UNGS.
- MOUFFE, Chantal. (2003). *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa.
- MOUFFE, Chantal. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MURACA, Matías. (2007). Hegemonía y discurso político en Argentina, 1976-1985. En Eduardo Rinesi, Gabriel Nardacchione y Gabriel Vommaro (Edits.), *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente* (pp. 57-115). Buenos Aires: Prometeo-UNGS.
- NOTICIAS. (2010). "Fin de la Burbuja Country", Buenos Aires, 02 de abril de 2010, Nº 1736.

- ROJAS, Patricia. (2007). *Mundo privado: historias de vida en countries, barrios y ciudades cerradas*, Buenos Aires: Planeta.
- SIDICARO, Roberto. (2009). *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*. Buenos Aires: Eudeba.
- SPATOLA, Paola. (2004). "Todos, rehenes del terror". *Clarín*. Recuperado de <http://edant.clarin.com/diario/2004/10/22/opinion/o-03502.htm>.
- STAVRAKAKIS, Yannis. (2007). *Lacan y lo político*. Buenos Aires: Prometeo.
- SVAMPA, Maristella. (2008). *Los que ganaron: la vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.
- TOBAR, Federico. (2001). "Economía del delito y la violencia en la Argentina". Recuperado de: http://www.federicotobar.com.ar/nf_pdf1/Economia_violencia.pdf.
- WITTGENSTEIN, Ludwig. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.

Notas

¹ Desde el punto de vista metodológico, el análisis ideológico propuesta no implica la puesta en uso de la teoría como si se tratase de una caja de herramientas ya que desde la misma definición del objeto éste sólo cobra sentido dentro de esta ontología política de lo social. Así, resulta más adecuado considerar esta propuesta analítica "como una forma de investigación basada en un problema más que en un método o teoría" (Howarth, 2005: 41), como una "problematización a través de la cual el ser se manifiesta necesariamente para ser pensado" (Howarth, 2005: 42). Al inscribirse dentro de la tradición hermenéutica, se trata de hacer interpretaciones de segundo orden sobre las interpretaciones que los propios sujetos realizan de su situación, lo cual supone que tanto las prácticas como los objetos sociales están constitutivamente configuradas por dichas lecturas, pero no como portadoras de una literalidad última a ser develada por la intervención del analista sino como un discurso descentrado cuyo sentido es inteligible en relación a la relativa estructuralidad donde se inserta. Específicamente, aquello que las gramáticas *epistemologicistas* definen como universo de análisis o corpus empírico –distinguiendo datos primarios y secundarios– sólo adquiere relevancia y justificación en el contexto de la singularidad de cada problematización y no en un imperativo metodológico a priori.

² Si la significación nunca puede referirse a nada literal en sí, e invariablemente remite de nuevo a otra significación, entonces toda significación y, por ende, toda producción de nuevos sentidos, sólo es posible mediante la lógica de las cadenas significantes. En palabras del propio Lacan: "el término de cadena de significante que yo utilizo ordinariamente: anillos cuyo collar se sella en el anillo de otro collar hecho de anillos" (2003: 481). Dichas cadenas tienen sus propiedades. Las articulaciones entre significantes tienen dos dimensiones: por un lado, está la *combinación*, que implica la dimensión de continuidad y *concatenación*; y por el otro, se encuentra la dimensión de la sustitución. Como resulta evidente, se está frente a la lógica de la



sobredeterminación freudiana: la propiedad de la *combinación* claramente equivale al *desplazamiento*; mientras que la *sustitución* de un significante por otro, es claramente homologable con la *condensación*. En el contexto de lectura de la lingüística estructuralista, y siguiendo particularmente a Jakobson en este punto, Lacan traduce en términos retóricos estas propiedades de las cadenas de significantes y las equivalencia con la *metáfora* y la *metonimia*. Si la metáfora consiste en la identificación de un término con otro, estableciendo una identidad entre dos términos entre los cuales existe alguna semejanza, entonces se trata, en definitiva, de la sustitución de un significante por otro. A esto, Freud denominó *condensación*. Mientras que la metonimia implica un cambio semántico, la combinación de un significante con otro, y por tanto es homologable en la gramática freudiana al *desplazamiento*. En definitiva, la lectura lacaniana de las formaciones freudianas del inconsciente muestra su traducción en términos retóricos. En palabras del propio Lacan: “La oposición de la metáfora y la metonimia es fundamental, ya que lo que Freud originalmente colocó en un primer plano de los mecanismos de la neurosis, al igual que en los fenómenos marginales de la vida normal o el sueño, no es ni la identificación ni la dimensión metafórica. Todo lo contrario. De manera general, lo que Freud llama condensación en retórica se llama metáfora; lo que llama desplazamiento, es la metonimia” (Lacan, 2006, citado por Stavrakakis, 2007: 95-96). Para un desarrollo de estas ideas, véase Daín 2011)

³ Como puede observarse, este giro semántico implica asimismo una importante despolitización de las clases subalternas. Ya no son los intereses y los objetivos (políticos) los que fundamentan a estos sectores sociales; y por tanto, la categoría de clase social parece perder todo potencial heurístico. Por el contrario, ahora se trata de individuos, de ciudadanos que simplemente violan la ley, algo auto-evidentemente negativo y unívocamente contrario a cualquier orden social. Este modo singular de significar a los delincuentes en términos estrictamente individualistas sólo puede entenderse en el contexto de una determinada hegemonía discursiva. Es precisamente la gramática neoliberal la que habilita esta operación ideológica. En esta misma dirección, el trabajo de Muraca muestra el “proceso de constitución del neoliberalismo” (Muraca, 2007: 57) en Argentina a través del análisis de los discursos inaugurales emitidos por Cadena Nacional de Radio y Televisión de los Ministros de Economía José Alfredo Martínez de Hoz (2 de abril de 1976), Bernardo Grinspun (19 de julio de 1984) y Juan Vital Sourrouille (16 de junio de 1975). Entre otros aspectos, Muraca da cuenta de la circulación de la gramática neoliberal en la formación política argentina poniendo en evidencia los efectos despolitizantes del lenguaje que informa dichos discursos ministeriales (con el claro contrapunto de Bernardo Grinspun, quien hace uso de gramáticas más bien desarrollistas y socialdemócratas). Los discursos de Martínez de Hoz y Sourrouille “cumplen con los mismos fines: se trata de un lenguaje que, impuesto desde el poder, descontextualiza al sujeto [...] [y lo] desvincula [...] de sus prácticas históricas y de sus pertenencias económicas, sociales y culturales, masificándolo” (Muraca, 2007: 72). De la mano de otro aspecto importante, como el cientificismo tecnocrático, esto trajo implicancias diversas, de las cuales adquiere particular protagonismo el desplazamiento de la puja distributiva entre capital y trabajo desde el campo político-gremial al campo técnico-científico, vinculado a la cuestión de la *productividad*.

⁴ Un caso interesante de la burbuja como participe de la corrupción que caracteriza a lo público es el barrio *Dalvian*, propiedad del más poderoso grupo económico provincial y situado en la zona más exclusiva de la ciudad de Mendoza sobre terrenos fiscales, propiedad de la Universidad Nacional de Cuyo. La propia Corte Suprema de Justicia mendocina le dio la derecha a los privilegiados usurpadores. Tiempo después, la UNCuyo retomó la demanda, logrando que la Corte Suprema de Justicia de la Nación finalmente le asista la razón.

⁵ Aunque no tenga relación con los objetivos de la presente investigación, no deja de ser importante apuntar que esto tiene una relevancia particular de cara a pensar políticas orientadas a disminuir la sensación de inseguridad, puesto que el primer problema a enfrentar es el incremento en la confianza en la policía y el sistema judicial en su conjunto.

⁶ Véase Muraca (2007: 78-82).

⁷ Desde un lenguaje afín, Chantal Mouffe (2003, 2007) desarrolla esta problemática en el campo de la teoría de la democracia

⁸ La relevancia de las decisiones empresariales sobre la política en general y sobre la democracia en particular es una cuestión largamente abordada tanto por la tradición marxista como por gramáticas politológicas bastante más conservadoras, encasilladas bajo el rótulo de *neopluralismo*.

Fecha de recepción: 30 de abril de 2014. Fecha de aceptación: 10 de junio de 2014.